Históricas Digital

“La batalla simulada”
p. 73-80

*Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate*

María del Carmen Vázquez Mantecón

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de méxico
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

120 p.

Mapas, cuadros, grabados, fotografías

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 51)

ISBN 0978-607-02-3759-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de junio de 2022

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521a/puente_calderon.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## LA BATALLA SIMULADA

El criollo que más aprendió del brigadier Félix Calleja y que quiso seguir sus pasos fue Agustín de Iturbide. Entró a formar parte del ejército realista en septiembre de 1810 y participó en la batalla de Monte de las Cruces. Ascendió a capitán, fue enviado a Tierra Caliente, precisamente a Taxco, como jefe del batallón de Tula. Allá estaba —incluso muy enfermo por una disentería— cuando sucedió la acción de Calderón. Pidió poco tiempo después, y le fue concedido, ser trasladado a la región del Bajío, donde se hizo famoso por su combate a los insurrectos y por resguardar los cargamentos de mercancías que atravesaban su zona. Esto le significó ser ascendido a teniente coronel, aunado a su éxito contra el insurgente Albino García. Al año siguiente, habiendo derrotado a Rayón, ascendió a coronel y fue designado comandante general de la Provincia de Guanajuato. Estableció en Irapuato su cuartel general.

Para 1814, había logrado la pacificación y la defensa de muchos pueblos del Bajío, aunque empañó su gloria —según Lucas Alamán— por convertirse en traficante de mercancías que después revendería a precios muy altos, así como porque sus prisioneros eran fusilados, incluido el "sexo débil". Entre una multitud de personas —que en una ocasión informó al virrey Calleja haber pasado por las armas—, agregó el nombre de María Tomasa Estévez, quien había sido comisionada para seducir a la tropa. Iturbide estaba seguro de que por su "bella figura" lo hubiera logrado, de no ser sus soldados acendrados patriotas.[1] Entre agosto y diciembre de ese año, Calleja lo tenía más que nunca en alta estima y lo seguía empleando en muchas operaciones importantes.

Fue entonces cuando en el mes de octubre, Iturbide decidió festejar el regreso de Fernando VII y la abolición que éste hizo de la Constitución de Cádiz —celebraciones que, por cierto, se dieron a lo largo y ancho de toda la Nueva España— con la puesta en esce-

[1] Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 42 y 122. Lo último lo copia Alamán de la *Gaceta* del 1o. de octubre de 1814.

na de la batalla de Puente de Calderón. No sabemos lo que Calleja opinó del simulacro, pero por esta adulación y por otros servicios no menos valiosos para la Corona, mantuvo a flote al coronel hasta el año de 1816 —un año antes había sido nombrado comandante general de las provincias de Guanajuato, Michoacán y del ejército del Norte, entre otras cosas, para el aniquilamiento de las guerrillas— en que no hubo más remedio que suspenderlo y llamarlo a la capital a rendir cuentas por los abusos de autoridad cometidos en su puesto. Sin embargo, todavía pesaba la opinión del virrey en su favor, por lo que fue absuelto de todos los cargos, y aunque le estaba permitido, decidió no reasumir el mando de sus tropas.

"Viva el rey", gritaron las tropas acuarteladas en Irapuato, a las que se unieron los habitantes del vecindario convocados por su comandante en jefe, de acuerdo con las indicaciones del mismo soberano de que debía celebrarse el "feliz y deseado acontecimiento" de su restauración en el trono español. Era el sábado 15 de octubre del año de 1814, cuando desde temprano tronaron las salvas, se oyeron repiques de campana y se vieron "colgaduras en proporción a las facultades", por supuesto más holgadas en la casa del mismo coronel, donde bajo de un dosel reposaba el retrato de Su Majestad, al que le hizo guardia el batallón de la Corona y frente al que, en la noche, una orquesta tocó para solaz de los paseantes. El día siguiente, que era domingo, fue dedicado por la tropa al ensayo del "simulacro" que tendría lugar la tarde del lunes 17, después de oír misa y asistir todos a un besamanos en casa de Iturbide. Que fuera en un día 17, era para recordar que había sido en uno con ese mismo número, cuando Calleja venció a Miguel Hidalgo.

La representación de la "gloriosa acción de Calderón" siguió al pie de la letra las palabras del brigadier en su *detall* del 3 de febrero que, de todos los informes redactados por Calleja para enaltecer su victoria, es el más exagerado, el más olvidadizo y el más deseoso de reconocimiento. Iturbide tal vez prefirió no pensar en otras versiones que circularon entre los soldados y oficiales de su ejército y que habrían puesto en entredicho que, por el solo talento de don Félix, los realistas resultaron vencedores. Nadie representó a Hidalgo ni a Allende ni a ningún jefe insurgente, porque el criollo sabía que

frente al público que fungió como espectador de ese simulacro pudo ser peligroso nombrar a los caudillos populares y, sobre todo, darles un papel en esa representación. Tampoco mencionó el nombre de ningún jefe realista, salvo, por supuesto, el de Calleja, personaje que él mismo encarnó, resaltando en su informe sólo el apelativo de los batallones y compañías que participaron.

El objetivo de ese "ejercicio general de fuego" era múltiple. Su creador buscaba que fuera "vistoso y divertido" para el público; que a la tropa le pareciera "agradable", pero sobre todo "útil", y que la gente se sintiera inspirada por un "verdadero amor al soberano" y también —aunque no lo expresó con palabras— halagar al virrey y tal vez propiciar que se supiera de ese coronel en la corte de Madrid. Lo más importante para él era que el ejército fuera el trasmisor de esos sentimientos a la gente, y que Calleja no tuviera duda de que le era fiel cumpliendo sus órdenes de celebrar al monarca. Informó que los actores eran todos del "ejército victorioso del rey" y que a los que tuvieron que hacer de enemigos, "aunque fingido, les era repugnante". Eligió esa batalla porque era fácil de representar "en el corto tiempo de una tarde" y porque estaba "acomodada a las circunstancias actuales". Subrayó además que "lo figurado" era "puntual y exacto", tal como se lo expresaron algunos que habían vivido la verdadera batalla.[2]

En una larga carta a Calleja que le escribió hasta diciembre de ese año de 1814 —llama la atención que tardara dos meses en informar al virrey sobre su celebración— le cuenta que tenía en mente varios proyectos para ser representados, sobre todo los que en la península habían llevado a la libertad del soberano. También dice haber pensado en algún hecho militar del "héroe de este siglo, el inmortal Wellington", pero como era asimismo complicado y no quería demeritar a ninguno, se decidió a representar "una de las principales victorias de nuestros días", ocasión, concluye, que todos deseaban "con ansia". Le parecía inmejorable el campo al oeste del pueblo de Irapuato, porque pasaba por ahí un río, "cuya circunstancia ayudaba para la ilusión" de ver colocadas las baterías que defendieron "los enemigos" —a los que dotó de tres cañones y una pieza de artillería— y para que los que eran del ejército "amigo"

[2] *Documentos para la historia de la guerra de Independencia, 1810-1821. Correspondencia y Diario militar de don Agustín de Iturbide*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, t. II), t. XI, p. 272-274 y 318-323.

21. *Agustín de Iturbide*, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 218

22. Fernando VII, dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 617

—armados a su vez con tres cañones— pudieran imitar los movimientos del paso de la barranca.

El acto empezó a las tres de la tarde y terminó hacia "las oraciones de la noche". En esta versión de Iturbide, "los enemigos" siempre sostuvieron fuegos de corta duración, perdieron la defensa de sus baterías y se replegaron. Sólo en un fugaz momento, los que representarían al innombrado Flon y a sus tropas colocadas hacia la izquierda del campo tuvieron "un movimiento retrógrado", que superaron rápido porque fueron vigorosamente auxiliados. Los de la derecha hicieron como que su caballería fuera perseguida, pero una vez más "se rehicieron en el acto". El clímax de esa pieza teatral

23. *Félix María Calleja,* dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez,* México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 582

era la entrada en escena de Iturbide-Calleja quien, en un acto decisivo, mandó enganchar la artillería, se dirigió al puente junto con su estado mayor, pasó al lado izquierdo —reanimando con sus voces y su presencia a la tropa— y marchó triunfal al frente de ellos y de otros batallones, para atacar con todo a la gran batería contraria que tomaron "en pocos instantes", mientras huían sus defensores hasta su última posición. Solamente restaba ver a la caballería hacerse de los simulados cañones que seguían dando batalla, a los enemigos huir en desorden y a los amigos perseguirlos por un rato.

Para el público asistente, la función terminó con la reunión del ejército frente a él. Estaba seguro Iturbide de que el día de la victoria el ejército triunfante se había congregado y había gritado vivas al rey y a España, y por eso sus actores hicieron lo mismo. Sólo agregaron

en esa ocasión —según lo anotó Iturbide, en el colmo del halago, en su carta al virrey don Félix María— vivas a "nuestro general Calleja y a nuestra Generala", refiriéndose al que por entonces sólo era teniente general y a su esposa Francisca de la Gándara.[3] Únicamente los que habían tenido papeles de realistas se vitorearon entre ellos, usando los nombres de los batallones del "victorioso Ejército del Centro" que habían representado. Para hacer retemblar de emoción a los espectadores, terminaron con descargas de armas y de artillería y, formados en columnas y satisfechos, emprendieron la marcha hacia el pueblo de Irapuato que los esperaba todo iluminado para oír serenatas.

Iturbide creía haber ayudado a que la gente supiera "de las penosas tareas de su profesión" y a que tuvieran "un concepto de amor y fidelidad al soberano". Carlos María de Bustamante, restándole importancia, escribió que ni la batalla de Calderón había sido decisiva —porque se levantaron nuevos ejércitos que a la postre le quitaron el imperio a los españoles— y que el criollo no tenía por qué renovar esas llagas "que aún destilaban sangre". Dijo, en suma y muy burlón, que más de tres mil hombres que formaban el Ejército del Norte se habían puesto a jugar a "moros y cristianos". Sin embargo, lo que le parecía más preocupante era que, más allá del teatro, lo que en realidad hicieron muchos soldados fue "cazar insurgentes" de carne y hueso al final de la función, como Guizarnotegui, quien salió de Celaya con ese fin y en la hacienda de La Quemada fusiló a doscientos que asistían a una fiesta de toros.[4]

[3] Podría darse cabida al pensamiento de que al aludir a "La Generala" se tratara de la virgen de los Remedios. Sin embargo, creo que en este caso se refiere a la esposa de Calleja. Las referencias documentales indican, en su mayoría, que a la virgen con esa advocación se le hicieron honores militares correspondientes al empleo de "capitana general", se le vistió en una ocasión con la banda de general y fue declarada por el virrey patrona del ejército real, aunque no prosperaron los intentos de que fuera nombrada oficialmente "Generala". Iturbide, en el colmo de la adulación, pensó en Francisca de la Gándara, como también lo hicieron otros por aquel tiempo. En un brindis al que asistió esa señora en febrero de 1812, Mariano Beristáin y Souza expresó: "Bebamos, brindemos con las copas llenas por la generala que hoy honra esta mesa". Asimismo, en una carta de Agustín de Iturbide a Calleja del 1o. de enero de 1815 leemos: "Muy venerado y amado general y protector mío [...]. He tenido la mayor satisfacción de saber que mi Generala, mi señora la virreina a cuyos pies suplico a vuestra excelencia tenga la bondad de ofrecer mis respetos, dio felizmente a luz una niña, por cuyo plausible motivo...", en José Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950, p. 183 y 235.

[4] Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 295-296.

Según Alamán, la "imitación" orquestada por Iturbide se había hecho para traer un recuerdo que "lisonjeara al virrey",[5] mientras José María Liceaga privilegió en su relato el asunto de la crueldad contra los que fueron sorprendidos en el rodeo, que, dice, "ni eran insurgentes, ni estaban armados",[6] y que fueron pasados por las armas puestos de rodillas y sin ningún auxilio espiritual.

[5] Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 159.

[6] José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944, v. 1, p. 248.